

VIRTUDES

1. Cualidades de la verdadera virtud.
2. Virtudes humanas y virtudes sobrenaturales.
3. Relaciones de las virtudes entre sí.
4. Crecimiento de las virtudes.
5. Virtudes del sacerdote.
6. Santa María, «escuela de virtudes».

1. Cualidades de la verdadera virtud

Me parece que la definición breve y verdadera de la virtud es el orden del amor (SAN AGUSTÍN, La Ciudad de Dios, 15, 22).

Cuando hablamos de las virtudes [...] debemos tener siempre ante los ojos al hombre real, al hombre concreto. La virtud no es algo abstracto, separado de la vida, sino, al contrario, tiene profundas «raíces» en la vida misma, brota de ella y la forma. La virtud incide sobre la vida del hombre, sobre sus acciones y sobre su conducta. Se deduce de ello que, en todas estas reflexiones nuestras, no hablamos tanto de la virtud como del hombre que vive y actúa «virtuosamente»; hablamos del hombre prudente, justo, valiente (JUAN PABLO II, Aud. gen. 22-11-1978).

La verdadera virtud no es triste y antipática, sino amablemente alegre (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 657).

La virtud no es solamente propia de nuestro deseo, sino también de una gracia superior (SAN CIPRIANO, en Catena Aurea, vol. 1, p. 360).

El primer grado de piedad consiste en amar la virtud (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. III, p. 134).

Verdad es que aquestas virtudes tienen tal propiedad que se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve ni acaba de creer que tiene alguna, aunque se lo digan; mas tiénelas en tanto que siempre anda procurando tenellas y valas perfeccionando en sí (SANTA TERESA, Camino de perfección, 10, 4).

De la misma manera que es propiedad natural de un árbol estar lleno de frutos y, sin embargo, las hojas que se ajustan en sus ramas le dan cierta vistosidad y adorno, así también el fruto del alma es

primordialmente la verdad; pero, no obstante, el verse rodeada de sabiduría profana, lejos de hacerla desabrida o ingrata, le da un aspecto agradable y oportuno, a la manera como las hojas dan sombra al fruto (SAN BASILIO, Discurso a los jóvenes).

Es una equivocación pensar que las expresiones término medio o justo medio, como algo característico de las virtudes morales, significan mediocridad: algo así como la mitad de lo que es posible realizar. Ese medio entre el exceso y el defecto es una cumbre, un punto álgido: lo mejor que la prudencia indica. Por otra parte, para las virtudes teologales no se admiten equilibrios: no se puede creer, esperar o amar demasiado. Y ese amor sin límites a Dios revierte sobre quienes nos rodean, en abundancia de generosidad, de comprensión, de caridad (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 83).

Mientras más crece el amor y la humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí y para los otros (SANTA TERESA, Vida, 21, 8).

2. Virtudes humanas y virtudes sobrenaturales

Al final de la lucha ascética, cuando se vive unido a Dios, es posible vivir sobrenaturalmente las virtudes humanas: con sencillez, día a día, con naturalidad sobrenatural. Entonces las virtudes naturales, vividas a lo divino, formarán como el reverso de la medalla de la falsa santidad, carente de valores humanos (A. DEL PORTILLO, Escritos sobre el sacerdocio, Pp. 30-31).

Cuando un alma se esfuerza por cultivar las virtudes humanas, su corazón está ya muy cerca de Cristo. Y el cristiano percibe que las virtudes teologales -la fe, la esperanza, la caridad-, y todas las otras que trae consigo la gracia de Dios, le impulsan a no descuidar nunca esas cualidades buenas que comparte con tantos hombres (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 91).

No se es recto por ser duro, ni se alcanza un estado de ánimo perfecto por ser insensible (SAN AGUSTÍN La Ciudad de Dios, 14, 9).

La verdadera dignidad y excelencia del hombre consiste [...] en la virtud. La virtud es patrimonio común de todos los mortales, e igualmente la pueden alcanzar los altos y los bajos, los ricos y los pobres (LEÓN XIII, Enc. Rerum novarum, 15-V-1981).

De estas virtudes generales es necesario tener gran previsión y muy a mano, pues se han de estar usando casi de continuo (SAN FRANCISCO DE SALES Introd. a la vida devota, III, 1).

Así nos figuramos a los hombres, recios y varoniles: sin miedo al dolor; hombres que saben sufrir callando, y no lo comunican para que no los compadezcan; sin miedo al sacrificio ni a la lucha; que no se arredran ante las dificultades; sin miedo al miedo; sin timideces ni complejos imaginados; incompatibles con la frivolidad; que no se escandalizan de nada de lo que ven ni oyen. Entereza es reciedumbre. Energía y decisión no son orgullo, sino virilidad. Esos hombres recios no pueden ser transigentes en todo, y defenderán, con una energía que asustará a los débiles, el espíritu y las normas del Cristianismo que profesan (J. URTEAGA, El valor divino de lo humano, p. 68).

De este modo se explica que la Iglesia exija a sus santos el ejercicio heroico no sólo de las virtudes teologales, sino también de las morales o humanas; y que las personas verdaderamente unidas a Dios por el ejercicio de las virtudes teologales se perfeccionan también desde el punto de vista humano, se afinan en su trato; son leales, afables, corteses, generosas, sinceras, precisamente porque tienen colocados en Dios todos los afectos de su alma (A. DEL PORTILLO, Escritos sobre el sacerdocio, p. 30).

Para santificar cada jornada, se han de ejercitar muchas virtudes cristianas; las teologales en primer lugar y, luego, todas las otras: la prudencia, la lealtad, la sinceridad, la humildad, el trabajo, la alegría [...] (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, 23).

(La madurez) se manifiesta, sobre todo, en cierta estabilidad de ánimo, en la capacidad de tomar decisiones ponderadas y en el modo recto de juzgar los acontecimientos y los hombres. (CONC. VAT. II, Decr. Optatam totius, 11).

3. Relaciones de las virtudes entre sí

La caridad es la que da unidad y consistencia a todas las virtudes que hacen al hombre perfecto (SAN ALFONSO M. ^a DE LIGORIO, Práctica del amor a Jesucristo).

(La humildad es) madre y maestra de todas las virtudes (SAN GREGORIO MAGNO, Moralia, 23).

Así como el enfermo está débil para trabajar, así el alma que en amor está floja también lo está para ejercitar las virtudes heroicas (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 11, 13).

En la cruz hallamos el ejemplo de todas las virtudes (SANTO TOMAS, Sobre el Credo, 1. c., 6).

Aun las buenas acciones carecen de valor cuando no están sazonadas por la virtud de la humildad. Las más grandes, practicadas con soberbia, en vez de ensalzar rebajan. El que acopia virtudes sin humildad arroja polvo al viento, y donde parece que obra provechosamente, allí incurre en la más lastimosa ceguera. Por lo tanto, hermanos míos, mantened en todas vuestras obras la humildad [...] (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 7 sobre los Evang.).

Practiquemos la caridad, sin la cual todas las demás virtudes pierden su brillo (SAN LEÓN MAGNO, Sermón 72, sobre la Ascensión del Señor).

Así como las ramas de un árbol reciben su solidez de la raíz, así también las virtudes, siendo muchas, proceden de la caridad. Y no tiene verdor alguno la rama de las buenas obras si no está enraizada en la caridad (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 27 sobre los Evang.).

Amad la humildad, que es fundamento y guarda de todas las virtudes (SAN BERNARDO, Sermón en la Natividad del Señor, 1).

La fe muestra el fin, la esperanza va a su consecución, la caridad une con él (SANTO TOMAS, Coment. 1. Epístola a Timoteo, 12).

Pedimos con la fe, buscamos con la esperanza, y llamamos con la caridad. Primeramente debemos pedir para alcanzar, después buscar para encontrar, y después de haber hallado guardar lo que poseemos para poder entrar (SANTO TOMAS, Catena Aurea, vol. 1, PP. 427-428).

Templanza es el amor que se mantiene íntegro e incólume para Dios; fortaleza es el amor que, por Dios, todo lo soporta con alegría; justicia es el amor que sólo sirve a Dios y, por esto, pone en su orden debido todo lo que está sometido al hombre; prudencia es el amor que sabe distinguir bien entre lo que es ventajoso en su camino hacia Dios y lo que puede ser un obstáculo (SAN AGUSTÍN, Sobre las costumbres de la Iglesia, 1).

Tenemos necesidad de fortaleza para ser hombres. En efecto, el hombre verdaderamente prudente es aquel que posee la virtud de la fortaleza; de la misma manera que el hombre verdaderamente justo es solamente aquel que tiene la virtud de la fortaleza (JUAN PABLO II, Aud. gen. 15-XI-1978).

4. Crecimiento de las virtudes

Los ladrones no escarban donde sólo puede haber paja, sino donde sospechan que se encuentra el oro. El demonio persigue a los que disfrutan el oro de la virtud. Donde hay virtud hay tentación (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. 1).

Las virtudes humanas [...] son el fundamento de las sobrenaturales; y éstas proporcionan siempre un nuevo empuje para desenvolverse con hombría de bien. Pero, en cualquier caso, no basta el afán de poseer esas virtudes: es preciso aprender a practicarlas. Discite benefacere (Is 1, 7), aprended a hacer bien. Hay que ejercitarse habitualmente en los actos correspondientes -hechos de sinceridad, de veracidad, de ecuanimidad, de serenidad, de paciencia-, porque obras son amores, y no cabe amar a Dios sólo de palabra, sino con obras y de verdad (1 Jn 3, 18) (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 91).

La confesión engendra el apartamiento del pecado, y de la penitencia se originan las virtudes (SANTO TOMAS, Catena Aurea, vol. 1, p. 51).

5. Virtudes del sacerdote

Su servicio no es el del médico, del asistente social, del político o del sindicalista. En ciertos casos, tal vez, el cura podrá prestar, quizá de manera supletoria, esos servicios y, en el pasado, los prestó de forma muy notable. Pero hoy, esos servicios son realizados adecuadamente por otros miembros de la sociedad, mientras que nuestro servicio se especifica cada vez más claramente como un servicio espiritual. Es en el campo de las almas, de sus relaciones con Dios, y de su relación interior con sus semejantes, donde el sacerdote tiene una función esencial que desempeñar. Es ahí donde debe realizar su asistencia a los hombres de nuestro tiempo. Ciertamente, siempre que las circunstancias lo exijan, no debe eximirse de prestar también una asistencia material, mediante las obras de caridad y la defensa de la justicia. Pero, como he dicho, eso es en definitiva un servicio secundario, que no debe jamás perder de vista el servicio principal, que es el de ayudar a las almas a descubrir al Padre, abrirse a El y amarlo sobre todas las cosas. (JUAN PABLO II, Hom Río de Janeiro, 2-VII-1980).

El anuncio del mensaje de Jesucristo hace que el sacerdote experimente la necesidad de llenarse de la Palabra, de remansarla en su mente y en su corazón; el ministerio de los Sacramentos pide no una realización externa y oficial -suficiente para la validez-, sino sincero deseo de identificación con Jesucristo; finalmente, la misión de educar en la fe al Pueblo de Dios exige que la vida del sacerdote -

hecho sacrificio gustoso, ofrenda gozosa- esté plenamente informada por la caridad pastoral, de la que derivan todas las virtudes humanas y sobrenaturales necesarias para el cumplimiento de su misión: caridad sin límites, hasta el olvido de sí mismo; fe que ilumina y anima a perseverar, sin dejarse vencer por el cansancio; obediencia total y delicada, pero a la vez inteligente, operativa y responsable; humildad y mansedumbre, que saben conjugar la comprensión con la firmeza; continencia perfecta, que llena de libertad el corazón para ofrecerlo a Dios en la adoración y entregarlo plenamente en el servicio de las almas; paciencia, que sabe sufrir en silencio y perdonar siempre; pobreza, que es lección de bienaventuranza y testimonio de esperanza (A. DEL PORTILLO, Escritos sobre el sacerdocio, Pp. 50-51).

Entre las virtudes que mayormente se requieren para el ministerio de los presbíteros hay que contar aquella disposición de ánimo por la que están siempre prontos a buscar no su propia voluntad, sino la voluntad de Aquel que los ha enviado. Porque la obra divina, para cuyo cumplimiento los ha tomado el Espíritu Santo, trasciende todas las fuerzas humanas y toda humana sabiduría, pues Dios escogió lo flaco del mundo para confundir lo fuerte (1 Cor 1, 27). Así pues, consciente de su propia flaqueza, el verdadero ministro de Cristo trabaja con humildad, indagando cuál sea el beneplácito de Dios y, como atado por el Espíritu, se guía en todo por la voluntad de Aquel que quiere que todos los hombres se salven; voluntad que puede descubrir y cumplir en las circunstancias cotidianas de la vida, sirviendo a todos los que le han sido encomendados por Dios en el cargo que se le ha confiado y en los múltiples acontecimientos de su vida. (Conc. V AT 11, Decr. Presbyterorum Ordinis, 15).

6. Santa María, «escuela de virtudes»

(María es) modelo y escuela viva de todas las virtudes (SAN AMBROSIO, Trat. sobre las vírgenes, 2).

¡Cuánto crecerían en nosotros las virtudes sobrenaturales, si lográsemos tratar de verdad a María, que es Madre Nuestra! (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 293).